

: La paz es la revolución :

La paz, demandada con gritos de angustia por quienes desataron la guerra, es una llama de la gran hoguera revolucionaria que ha prendido fuego á todos los cetros y á todas las coronas y á todas las cruces de Europa. ¡Qué distante de aquella «paz blanca», preconizada por la cobardía neutralista española, esta hermosa paz roja, esta paz revolucionaria, de barricadas y de destronamientos!

Fué un tópico, divulgado por los más sagaces escritores, el creer que la guerra había hecho fracasar todos los principios y todas las creencias, desde el cristianismo hasta el socialismo. Nada tan incierto. La guerra ha derrumbado todos los viejos principios conservadores; pero ha dado vida á todas las exaltaciones revolucionarias. La paz consolidará el triunfo de ellas.

Fué al principio de la guerra, cuando los intelectuales rusos exclamaron: «La guerra es la revolución contra la tiranía de los oficiales prusianos.» Y la gran Rusia, la nación llena de misticismo y de pobreza, la nación que ha dado al mundo un método de lucha: el nihilismo; y una organización social: el reparto de la tierra, ha hecho su revolución, contra los oficiales prusianos y contra su prusianismo oficial. Tal vez sea demasiado pronto para una crítica serena del movimiento revolucionario ruso. Los espíritus hondamente aliadófilos hemos sentido verdadero amargor al ver que las grandes energías moscovitas se perdían para la causa aliada; pero ¿caso Rusia buscaba en la guerra otra cosa que su revolución, que la revolución que no pudo hacer en 1905? ¿Acaso nuestra aliadofilija no es profundamente revolucionaria? Equilibrada para la Entente la pérdida de Rusia con el esfuerzo norteamericano, la revolución rusa no debe asustar á ningún espíritu verdaderamente liberal, revolucionario y aliadófilo.

Wilson ha sido el defensor de la paz; pero, ¿la frase de los intelectuales rusos, no define el espíritu de la guerra?

Es en la misma Alemania donde fermenta ahora esa revolución contra la tiranía de sus oficiales. Esta tiranía tenía un nombre: Guillermo II. Pero este nombre describe ahora una parábola trágica hacia el abismo. Las últimas notas de Alemania al presidente declaran: que en Alemania no existen ya «amos militares», que los poderes militares han sido supeditados al Parlamento, que los poderes autoritarios del emperador han sido mudados y transmitidos también al Parlamento. Aun teniendo en cuenta que la organización electoral germanica no está inspirada en las reglas de la democracia universal, y que ese Parlamento no es absolutamente popular, queda de esas declaraciones un hecho concreto: que el interés de vida de cada alemán es incompatible con la continuación del militarismo y del kaiserismo.

En la fiesta de la Independencia Norteamericana, un político francés, representante de la vieja diplomacia, pero hombre profundamente liberal, de la que la guerra dignificará á los mismos alemanes. Quería decir que los alemanes se dignificarían por la revolución. Y así ha sido, ó así será. ¿Quién no recuerda también aquella conmovedora carta de Arzobispo Franco en el año 14? El viejo autor de «La Isla de los pingüinos» sufrió grandes amarguras entonces, fué tachado de antipatriota; pero el final de la guerra le da la razón: la revolución triunfa en Alemania!

¿No ha sido la misma Francia la que ha transformado silenciosamente su República, que cuarenta años de paz habían aburguesado?

Cuando empezó la guerra, la jauría reaccionaria hizo presa en el cuerpo desfalleciente de la República. Durante un momento

creyeron los reaccionarios franceses que la guerra restablecería el imperio. Pero Viviani dijo que había que apagar las luminarias del cielo, y Joffre, el mariscal-ciudadano, encendió contra el imperio las luminarias de la tierra. Aquel grupito de la «Acción Francesa», que envió como embajadores de sus propagandas por España á unos cuantos frailes conspiradores, ha quedado completamente vencido. Francia siente ahora con mayor vigor los principios de su Revolución gloriosa.

Hemos dicho que la guerra—la paz ahora—es la revolución en Rusia, en Alemania, en la misma Francia.

Hemos olvidado, intencionadamente, la nación que ha sufrido la mayor convulsión revolucionaria; nos referimos, claro está, á Austria-Hungría. El antiguo imperio ya no existe. Es todo él una llama revolucionaria.

Ese fugitivo emperador Carlos ha pagado con su corona—tal vez pagará con su vida—los crímenes de su anciano antecesor.

¿Y España? ¡Oh, en España, nuestras derechas han sofocado el incendio revolucionario! Larra escribió su famoso «Nadie pase sin permiso del portero», pensando, sin duda, en nuestras derechas de hoy. ¿Qué prodigioso extinguidor de incendios—habrán establecido en los Pirineos? Para nuestras derechas, de Francia, que es el camino de Europa, sólo puede venirnos la gripe. ¡Si se pudiese establecer postas sanitarias para las ideas! Pero, pese á los esfuerzos de las derechas españolas—germanófilas por eso, por derechas y por miedo á la revolución—, también ese incendio devorante ha prendido en nuestra patria, en nuestras cruces y en nuestras coronas.

Y la guerra—la paz roja, revolucionaria ahora—ha demostrado lo que un hombre de las izquierdas negaba recientemente: que las izquierdas son la única capacidad de gobierno que existe en España. Llevamos cuatro años de guerra. Durante ellos, la neutralidad ha sido monárquica; la intervención, la aliadófila, republicana. La monarquía ha sido algo más que neutralista—ó mejor dicho, algo menos—; ha sido germanófila. Monárquica, germanófila es la ley de Espionaje, que sólo ha servido para procesar á Alomar, el más sensible y profundo de nuestros pensadores. Monárquica y germanófila fué la reorganización del ejército—¿No habla el ex coronel Márquez de su desprisionización?—Fué republicana y aliadófila—pensando en los fines de los aliados en la guerra—la oposición parlamentaria y popular á las reformas militares. Pensando en la paz, declinamos los republicanos: «Organizad un ejército para la guerra. ¿Y si viene el desastre? ¿Cómo pagaréis vuestra torpeza? Y el desastre es una realidad próxima. España lo aceptará fatalmente. No podrá tener más que 30.000 hombres en pie de guerra. Y entonces tendremos 15.000 oficiales. ¿Podrán mandar, a eso, sobre sus asistentes?»

Monárquica y germanófila ha sido la oposición á que se hablase de la guerra en el Parlamento, á que se hablase de la guerra en los periódicos. Y eran las izquierdas aliadófilas las que querían hablar de la guerra. Monárquica y germanófila ha sido esa vergonzosa incantación de buques alemanes y el amparo del espionaje teutónico en nuestras costas ha sido también monárquica y germanófila. Toda la política española durante la guerra ha sido monárquica y germanófila. La aliadofilija de las izquierdas ha sido la única nota de capacidad política que se ha dado en España durante ese tiempo!

Por eso la paz hará triunfar en España á la revolución. Por eso las cruces, las coronas y los cetros de España no podrán salvarse de ese gran incendio que fué la guerra, y á cuyas llamas rojas la paz les da una admirable forma de gotro frígido.

Carlos ESPLA.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2a/352

1919

SIG.: 1.2a/18